

Comunicación
Eucarística y Vida del Migrante



16. La Eucaristía, Luz y Vida para los Migrantes del Nuevo Milenio



Colección "La Eucaristía, Luz y Vida
del Nuevo Milenio"

16. La Eucaristía, Luz y Vida para
los **Migrantes** del Nuevo Milenio

Presentación

El fenómeno de la migración y de los refugiados se relaciona con el dolor y el sufrimiento. Quien deja su casa y su patria, en búsqueda de salvar la vida o mejorar la situación económica para él su familia, sabe de las penas que esto acarrea. En muchas ocasiones, el éxito de esta arriesgada empresa nunca llega

El migrante y el refugiado recorren un camino de pasión, que a veces termina en la muerte. Encontramos en esto una analogía con el camino que recorrió el Señor Jesús, quien siendo apenas un niño de brazos, también fue migrante en Egipto, con José y María, y siguió un itinerario que inició con su pasión y pasó por la muerte, pero culminó con su resurrección.

En cada Eucaristía, este misterio de salvación es memorial para el creyente.

El RP. J. Flor María de la Trinidad, CS, misionero contemplativo caminante, autor de este material, hace evidente la relación entre la vivencia del migrante y el refugiado – muchas veces terrible– y la esperanzadora victoria de Jesús sobre todo sufrimiento, incluida la muerte. En efecto, es la victoria que celebramos en cada Eucaristía.

Las reflexiones que leemos aquí, están enriquecidas con testimonios de migrantes que han experimentado el paso de la tierra propia a un país que no es el suyo. No podemos ignorar a este sector del Pueblo de Dios que, desarraigado de su patria, familia y, con frecuencia, de sus creencias, por desgracia pierde su fe o la ve debilitada. La Eucaristía es, para todos los queridos migrantes y refugiados, el mejor alimento que los pueda acompañar en su camino y su destino.

No queremos acostumbrarnos a «ver el peregrinar desconsolado de los desplazados, la fuga desesperada de los refugiados», como nos previene el Santo Padre Juan Pablo II en su mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado 2003 (n. 1). Con este subsidio, queremos ofrecer una aportación para sostener la fe del migrante y el refugiado, y de aquí, una suficiente confianza en Dios que los sostenga en su vida, para seguir adelante.

Que el Hijo unigénito de Dios, alimento de vida eterna para el peregrino, nos sostenga a todos en el camino hacia el Cielo, esa tierra prometida por Él para quien lo come.

+ J. Trinidad González Rodríguez,

Obispo Auxiliar de Guadalajara.
Presidente de la Comisión Teológica y de Impresos
para el 48º Congreso Eucarístico Internacional.

1. EUCARISTÍA Y MIGRACIÓN

Tal vez alguien se pregunte qué tiene que ver la Eucaristía con el fenómeno de la movilidad humana y todas sus facetas: migrantes, indocumentados, refugiados, desplazados...

Sin duda, el intento de relacionar la Eucaristía con la migración no es de todos los días. Sin embargo, partiendo, por ejemplo, de la Carta Encíclica de SS Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia* (EE) se pueden trazar algunas líneas que, por analogía, transcurren desde la Eucaristía y pasan por la migración, y desde la migración se orienten hacia la Eucaristía, en su significado más profundo.

El punto de partida de estas reflexiones es el núcleo del Misterio Eucarístico, ahí donde la liturgia, siguiendo al pie de la letra los textos bíblicos, nos lega: «Tomó un pan, lo partió y dijo: “Éste es mi Cuerpo”... Lo mismo hizo con el cáliz, diciendo: “Ésta es mi Sangre, derramada por ustedes”» (Lc 22, 19-20).

Sin forzar mucho el texto, se puede usar una paráfrasis del relato sagrado y, en conformidad con la lógica sacramental, leer: «La noche en que sería entregado, Cristo se partió y se entregó a sus discípulos, diciendo: “Esto es mi cuerpo”». Estamos frente a un Cristo ‘partido’, que se entrega, que se vuelve pan del camino, sangre derramada de reconciliación y salvación.

El Papa destaca cómo la institución del Sagrado Banquete nace en un contexto de pasión y de amor. Cristo sella con su muerte la vida de sus discípulos y de toda la humanidad (cfr. EE, 11).

El contexto «sabe» a despedida, que dentro de poco se transformará en agonía. Es la separación que divide por la muerte, percibida ya inminente. La tristeza de Cristo en los Evangelios Sinópticos, la conmoción que pasa por momentos contemplativos, otros proféticos y otros aun de íntimo amor con sus discípulos («no les digo siervos, sino amigos»), en el Evangelio de Juan se relatan como el cuadro psicológico de nuestras muertes. Es el tener que irse, y al mismo tiempo el deseo de aferrarse en las personas amadas. Cristo indica, en este momento, la forma de permanecer con nosotros, de afianzarse en un puente de comunión que ni la muerte derrumbará: se hace memorial viviente.

Todo aquel que haya escuchado latir el corazón de un migrante, sobre todo si es padre y esposo, o hijo que haya asumido el cuidado de sus padres, ha sido contagiado por el vibrar de este pacto de sangre, de este romperse y entregarse, aun a costa de su vida. «Salir de mi tierra y dar la espalda a mi casa, fue la primera experiencia de muerte», decía un indocumentado nicaragüense.

2. PARTIR PARA VIVIR, MORIR PARA AMAR

La decisión de migrar penetra en el corazón del migrante como experiencia de muerte; lo aplasta en sus raíces hasta desgarrarlo. Él sabe que tendrá que brincar una zanja, abrir un vacío entre sí mismo y quienes quedan, desaparecer al horizonte, aceptar ser tragado por un tiempo de silencio, por la incertidumbre del mañana. Al mismo tiempo, quiere encadenarse a su hogar: lo hace con promesas, con un recuerdo, con besos y seguido con lágrimas.

En la institución de la Eucaristía se percibe este drama: es el de un Cristo que dice que lo verán por un tiempo, luego no lo verán más, pero volverá con quienes deja (cfr. Jn 14, 28). Cuando el Papa afirma que Cristo «ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de Él» (EE, 11), cuando más adelante, hablando de su sangre derramada, agrega: «Manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos» (EE, 12), nos da una pauta para la primera relación entre Eucaristía y migración.

Demasiadas veces somos espectadores del río de migrantes que pasa por nuestras fronteras, merodeando en nuestras plazas. Ignoramos su tragedia, la herida todavía abierta por una decisión que la mayoría quisiera no haber tomado nunca. Esta ruptura, en la que el migrante, cual Cristo, se «parte», tiene como contrapartes a sus familiares, las bocas de un hogar, el gemido –a veces– de pequeños que piden a la Providencia de Dios que se haga presente, que se vuelva ángel del camino.

Después del huracán «Mitch», un joven papá hondureño quería quitarse la vida: había perdido todo, desde su casa hasta su esposa y sus hijos. Sólo había salvado a la más pequeña, nadando en contra de la corriente. Incorporándose en la ribera del río, volteó para decirle a su esposa que ya estaban a salvo, pero para ese momento el río crecido se había llevado ya a su mujer con los otros dos niños, y su choza. Decía entre sollozos: «Subí la cuesta arriba, corriendo hasta donde estaba mi madre, le entregué a mi hija, decidido a volver al río y morir con mi hogar». Su madre vendió una pequeña televisión, y con 300 lempiras lo envió «al Norte». Decía el atormentado padre de familia: «300 lempiras le dieron rostro a la esperanza». Partió por la vida de su pequeña hija y de su madre, compartió con el autor de estas reflexiones unas lágrimas y hoy está en Chicago, Illinois, en Estados Unidos de Norteamérica.

La fuerza está en aquella expresión «le dieron rostro a la esperanza». En aquel «panecito» eucarístico, más aún –muchísimo más– que en las 300 lempiras de nuestro amigo hondureño, Dios moldea la esperanza de nuestro peregrinar. Es un mosaico que va ensamblando pieza por pieza con cada uno de nosotros, con las luces y las sombras del camino de la migración. Cuando Cristo es memorial de eternidad, se hermana a cada hijo e hija del camino, tendidos hacia el mañana y con el recuerdo del ayer. Son dos mundos que se ciernen como horizontes sobre su vida. El discurso eucarístico de Jesús, en Jn 17, está empapado de esta sensación:

«Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido... No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno... Padre, los que Tú me has dado, quiero que donde yo esté, estén también conmigo» (vv. 1112.15.24).

Todo migrante se reconoce en esta plegaria de Cristo. Pide a Dios que proteja su familia, que la cuide, que un día puedan estar otra vez juntos. Es un puente que se extiende y cruje con la conmoción de la despedida, y nada deja al azar. Es siempre una pequeña «misa» la que sella la despedida del migrante: oración; abrazo de paz y comunión; bendición final.

El de miles de migrantes, es un sacrificio callado; un sacrificio que más tarde, y no siempre, se vuelve memorial. Con frecuencia, la derrota y el olvido recluyen aquel sacrificio en una fosa común, que sólo la Resurrección entregará de vuelta en «Cielos nuevos y Tierra nueva».

2.1. EL CAMINO COMO CATEDRAL CELEBRATIVA DE LA MIGRACIÓN

El Papa recuerda, en Ecclesia de Eucharistia, los diversos altares en los que ha recordado el Sacrificio durante su vida:

«He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis Celebraciones Eucarísticas, me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el Cielo y la Tierra. Abarca e impregna toda la Creación» (EE, 8).

El migrante pasa días y semanas en esa «catedral cósmica» que es la naturaleza, con el cielo por techo y los animales por compañeros. Según los testimonios de muchos de ellos, los labios se sueltan en la oración callada de la noche; la mano se estrecha hasta sentir la presencia de Dios, que puede cobijar y ser la «línea telefónica» con el hogar lejano. No es una celebración litúrgica según las rúbricas, sin embargo, se expresa como tal, en:

- Acción de gracias, por haberlos sacado adelante en el camino, haber superado un retén o escapado de los asaltos de los bandidos.
- Reconciliación y perdón: la lejanía del hogar y la patria, la soledad en el descampado, derivan en un examen de conciencia que desemboca en la necesidad de purificar un pasado a veces turbio, las culpas calladas.

– Solidaridad en el camino, donde el migrante comparte desde su propia pobreza. Escuchando sus historias, viéndolos llegar en pequeños grupos de varias nacionalidades, edad, cultura y hasta religión, nuestra mente se remonta a un pasaje de la Didaché, referente al pan y al vino que serán ofrecidos en la Eucaristía: «Eran espigas dispersadas en nuestros campos, era uva diseminada en nuestras colinas, y hoy son pan y vino en la misma Eucaristía. Son riachuelos que desembocan en un río, hasta hundirse en el océano de nuestra humanidad».

– Memorial, donde el pasado se sosiega y se vuelve, a veces, contemplación callada de su propia historia.

El Papa anota:

«Hoy reanudo el hilo de aquellas consideraciones con el corazón aún más lleno de emoción y gratitud, como haciendo eco a la palabra del Salmista: “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre” (Sal 116, 1213)» (EE, 9).

«¡Gracias a Dios estamos libres y vivos!», decía un salvadoreño al llegar al Río Bravo: «¡Hemos escapado como pájaros de la red del cazador!», pudo decir con la Escritura.

Otro confesaba, en una charla de formación: «Salí drogadicto y borracho de mi pueblo; el camino fue como un bautismo de liberación y purificación. No voy a echar más mi vida en saco roto». Otro, en fin, señalaba: «Estaba peleado con mi padre, había llegado a faltarle al respeto. Hoy, me voy “al Norte” para enviarle el sustento que se merece».

2.2. LA LITURGIA EN DEVENIR: EN CAMINO

Hay una nota, formulada como pregunta, en la misma Encíclica a que nos hemos remitido antes:

«Los Apóstoles que participaron en la Última Cena, ¿comprendieron el sentido de las palabras que salieron de los labios de Cristo? Quizás no. Aquellas palabras se habrían aclarado plenamente sólo al final del Triduum Sacrum, es decir, el lapso que va de la tarde del jueves hasta la mañana del domingo. En esos días se enmarca el Mysterium Paschale; en ellos se inscribe también el Mysterium Eucharisticum» (EE, 2).

Para los migrantes, incluso para muchos que ni siquiera son católicos, se trata de un misterio que viven como una peregrinación, diríamos, dentro de un túnel, envueltos en neblinas, muchas veces carcomidos por el miedo, las dudas, el coraje de la impotencia. Es un éxodo que se desgrana a través de muchas etapas.

Como el pueblo de Dios en el desierto, así el migrante conoce la tentación del regreso, la nostalgia que puede volverse grillete, que lo amarra atrás, a los barcos ya quemados.

Conoce momentos de alegría, como el agua que brota en el desierto, cuando una mano se tiende para ofrecerle una tortilla o un tejabán que lo protege por esa noche. El dolor, las derrotas, la discriminación y la soledad, hacen del migrante el depositario de un Misterio que lo rebasa. Sin saberlo, completa en su «crucifixión» cotidiana lo que aún es la sed del Cristo en su pasión y muerte.

Nuestros migrantes no entienden mucho lo que está pasando en el mundo. Para la mayoría, términos como 'globalización', 'caída del precio del café en los mercados internacionales', 'volatilidad de la bolsa de valores', etcétera, son palabras ajenas. No entienden por qué, según su lenguaje, «Diosito» les ha dado una tierra amarga o los ha dejado pobres, pero con San Pedro dicen firmemente: «Señor, ¿a quién iremos?» (Jn 6, 68).

Cuántas veces escuchamos en sus testimonios esta fe ciega, abandonada, agarrada de una mano invisible, muchas veces colgada sobre un abismo. Los migrantes van construyendo su liturgia a lo largo de una vereda que no saben cuándo ni dónde terminará. Su «eucaristía» pasa siempre a través del dolor, está empapada de lágrimas, y la distancia que los separa de sus seres queridos en la nueva tierra, asume el rostro de un acantilado y de un nuevo Getsemaní.

Así lo expresa Ecclesia de Eucharistia:

«En aquel huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos. Tal vez fueron testigos de lo que ocurrió a su sombra aquella tarde, cuando Cristo, en oración, experimentó una angustia mortal, y “su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra” (Lc 22, 44). La sangre, que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación, en el Sacramento Eucarístico, comenzó a ser derramada; su efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención» (n. 3).

Los migrantes también son testigos, como los olivos del Getsemaní, del dolor de Cristo, de su sangre. ¿Cómo no relacionar esta pasión de Cristo con la de miles de indocumentados que han sellado con sus vidas un viacrucis demasiadas veces olvidado? Las fronteras de nuestro planeta están llenas de tumbas anónimas. Un migrante nicaragüense le decía a un Sacerdote, delante de las murallas que separan México de EEUU: «¡Mira a tu alrededor, padrecito: éste ya es un cementerio sin cruces!» Así, desconocidos, anónimos, son las hijas e hijos de Dios y de América Latina que van abriendo su propio viacrucis hacia un Calvario hermanado con el de Cristo, pero tendidos ya hacia el Jardín de la Resurrección.

Cristo Eucaristía, que se hace Eucaristía espiritual con todos estos hermanos y hermanas, los más pequeños, es la fuente que transfigura sus esperanzas, a veces destrozadas.

Para algunos migrantes, el camino se transforma en la calzada de Emaús, y encuentran alguna posada en la Iglesia, que se hace pan partido de la caridad, que se dobla para lavarles los pies y secárselos. Es una calzada que transcurre entre luces y sombras, como decía arriba; una calzada donde la derrota aflora a cada paso y la ilusión se va desmoronando hasta volverse decepción. Ahí Cristo se les hace encontradizo, escucha sus historias, vuelve a ser el samaritano del camino que cobija de misericordia las heridas y se ofrece como el pan de los fuertes.

Sigamos con atención el siguiente pasaje bíblico:

«Elías se fue un día de camino por el desierto. Luego vino, se sentó debajo de un arbusto de retama, y ansiando morir se dijo: “¡Basta ya, Yahvé! ¡Quítame la vida, porque yo no soy mejor que mis padres!” Se recostó debajo del arbusto y se quedó dormido. Y he aquí que un ángel lo tocó y le dijo: “Levántate, come”. Entonces miró, y en su cabecera había una torta cocida sobre las brasas, y una cantimplora de agua. Luego comió, bebió y se volvió a recostar.

Entonces, el ángel de Yahvé volvió por segunda vez, y lo tocó diciendo: “Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti”. Se levantó, comió y bebió. Luego, con las fuerzas de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios» (1Re, 19, 4-9).

El pasaje anterior es de un claro contenido eucarístico y litúrgico. El migrante encuentra ángeles en su peregrinar que lo levantan y apuntan hacia el monte de Dios. Uno de ellos decía: «Las Casas del Migrante son un poco como una madre en el camino».

Puede ser que esta calzada no siempre desemboque en aquel «se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (Lc 24, 31), pero ciertamente sí desemboca en un corazón que se recobra del frío del rechazo y de la soledad.

Los Albergues, las Casas del Migrante, el patio o los salones de una parroquia, son un poco el cuarto del segundo piso, donde Cristo quiso que se le preparara la Pascua.

2.3. JARDÍN DE LA RESURRECCIÓN

La Pascua de Cristo incluye, con la Pasión y Muerte, también su Resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la Consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección». Efectivamente, el Sacrificio Eucarístico no sólo hace presente el misterio de la Pasión y Muerte del Salvador, sino también el misterio de la Resurrección (cfr. EE, 14).

El migrante tiene que inventar motivos para su esperanza, buscar las razones de su canto. A veces la esperanza del indocumentado se reduce a una piedra del camino que va pateando para poder seguirla viendo delante de él. Su camino se parece siempre a un viacrucis, está marcado por latigazos, por una cruz, por el desprecio de los demás, pero

también por el encuentro con los «cireneos», que tienen muchos rostros; con las «mujeres de Jerusalén», que son la ancianita de un «changarro» que le ofrece una fruta o un taco; el ama de casa que le invita un vaso de agua. Cuando todo parece acabarse y hundirse en la muerte, el Cristo se hace encontradizo, como a la Magdalena, los discípulos desanimados, las mujeres espantadas y los Apóstoles dudosos. La piedra del sepulcro es quitada, aquellas heridas de Cristo, tan profundas que llegan hasta el corazón, se despliegan como cicatrices de luz.

La Eucaristía se relaciona con la Resurrección, porque fundamentalmente es un don de vida. Se hace pan partido para los demás, pan partido del camino y –atrevida comparación– tortilla amasada de ternura. Es lo que experimentamos en la migración: la decisión de partir nace por una entrega de vida, se hace rostro de la Providencia de Dios, que quiere seguir alimentando a los pájaros del cielo y vistiendo a los lirios del campo: los hijos, los padres, la esposa y los hermanos valen mucho más que todos los pájaros y lirios.

2.4. DIACONÍA DEL MUNDO

En la última carta Encíclica del Santo Padre, leemos:

«Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Nuestro pensamiento puede fijarse en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo “globalizado” donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del “lavatorio de los pies”, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio» (EE, 20).

¿Por qué no relacionar a los migrantes con Cristo, como servidores del progreso, callados constructores del bienestar de muchos de nosotros; piedra sacrificial de muchos monumentos de la globalización? Cristo contesta a la persecución con un acto de servicio, y los pobres siguen siempre este esquema: son la «mano de obra barata», así como Jesús pertenecía a un pueblo judío marginado del que el Imperio Romano tranquilamente sacrificaba miembros. La historia habla de incontables migrantes, un ejército de peones del silencio y del trabajo, que han abierto nuestras carreteras, han levantado nuestras ciudades, han limpiado en la noche nuestras calles y los cuartos lujosos de hoteles que quedan imposibles al alcance de sus sueldos.

2.5. MARÍA Y EL FENÓMENO DE LA MIGRACIÓN

En la misma carta Encíclica que sirve de guía a nuestra reflexión, leemos:

«Pero, más allá de su participación en el Banquete Eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer "eucarística" con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio» (EE, 50).

Si bien es cierto que el migrante no porta en su vientre al Hijo de Dios, como María, que se vuelve así el primer sagrario de nuestra historia, sí porta en sí mismo una imagen que Dios le ha dejado, va cargando valores que se transmiten de padre a hijo, y donde Dios, en tiempos y modos distintos, se ha dado a conocer.

Si para Isabel el encuentro con María fue motivo de alegría, así el encuentro con el migrante es encuentro con un rostro distinto de Dios, que habla otro idioma, que tiene otros rasgos, que viene de lejos. Dios escoge a una mujer sencilla del pueblo, le pide un simple 'sí', establece una alianza desconocida a los poderosos y lleva a cabo su plan de salvación. No es el ruido, no son las fachadas de la televisión o de los políticos los que impresionan a Dios; lo que llega al Señor es el 'sí' repetido, a veces entre dientes agobiados por la sed o el miedo, que apenas se susurra: «¡Aquí estoy!»

2.6. EL CRISTO CRUCIFICADO, EL CRISTO RESUCITADO, EL CRISTO PEREGRINO

El «sacramento» latinoamericano de la esperanza podría tener estos tres momentos:

1) El Cristo crucificado, tan hijo de nuestra tierra, tan hermano de nuestra gente, tan identificado con los pueblos de las cordilleras como con los de la costa, del Norte como del Sur. Un Cristo que grita «¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34) y, al mismo tiempo, afirma que «todo se ha cumplido» (Jn 19, 30): es la derrota histórica que se vuelve victoria del Reino; es la dimensión de la Eucaristía, de un Cristo partido por y para con la humanidad. Tenemos que volver al misterio profundo de la Eucaristía, destacando dos de sus componentes: el memorial y el banquete.

El memorial como celebración de la vigilia de todo un pueblo que agoniza en la esclavitud y vislumbra, al mismo tiempo, el amanecer de la Pascua: un pueblo con los huaraches puestos, el cayado en la mano y la túnica bien ceñida a la cintura para salir de viaje. Es el memorial en que se da, simultáneamente, el primer paso afuera de la esclavitud y el primer paso de un éxodo que dejará en la boca, por muchos años todavía, sabor a amargura y muerte, antes de desembocar en la Pascua.

La Eucaristía se celebra, así, como pan de vida y pan del camino, como el nuevo maná, distinto del que comieron nuestros padres, de esta sociedad que queremos dejar atrás, sacudirnosla como polvo de muerte. Se celebra como la memoria histórica, vivencial y litúrgica de nuestro pasado lleno de esperanza, porque, impulsado por valores e ideales,

debe volver a ser la materia sacramental de esta Eucaristía, preñada otra vez de esperanza.

El banquete es el otro aspecto de la Eucaristía; es el sello de una comunidad reunida en vigilia de éxodo y de muerte (crucifixión) que anticipa la Pascua. El Banquete Eucarístico tiene que volverse la dimensión cotidiana y vivencial de América Latina, pues en este aspecto no es otra cosa que su cita con un Cristo que sigue compartido, crucificado y resucitado al mismo tiempo.

El Banquete es siempre fiesta, aunque recuerde una muerte, porque nuestra «muerte» latinoamericana, y luego cristiana, siempre ha estado grávida de resurrección. Grita San Pablo: «Nosotros no somos como los que no tienen esperanza» (1Tes 4, 13). Nuestras marchas y nuestras manifestaciones, las luchas igual que las protestas, tendrán que saber en un futuro a Banquete Eucarístico, en el cual se celebra a un Cristo que lava los pies y se entrega como carne de salvación; en que se recuerda la traición, primero de un Judas, y después del príncipe de los Apóstoles: «Pedro, Satán ha pedido permiso para sacudirte» (Lc 22, 31).

Los dos momentos eucarísticos, desde un punto de vista celebrativo, teológico y espiritual, tienen que regresar al camino que lleva a Emaús: es una liberación progresiva que pasa por la duda y la resignación, pero pasa también a través de las aldeas, los campos y las colinas que separan Jerusalén de Emaús.

¿Qué queremos decir? El lugar celebrativo de nuestro camino, de aquel éxodo latinoamericano que ha de desembocar en la Pascua, tiene que pasar a través de nuestros campos y veredas, nuestros hogares, fábricas y calles, en la sierra como en la costa, en el desierto así como en la selva. Tiene que hacer temblar «los muros de Jericó» en los bancos, las instituciones, el ejército y todo tipo de poder y cadenas. Es un camino que no se puede trasplantar a otro Continente: América Latina tiene su encarnación pascual, sus rasgos teológicos de historia de salvación.

2) El Cristo resucitado, como aval de nuestra esperanza: un Cristo resucitado que sigue teniendo en su cuerpo las señales de las heridas, pero ahora plenas de luz; un Cristo resucitado que aparece y desaparece, que es tocado y se desvanece, que sale al encuentro pero no se le puede retener (cfr. Jn 20, 17). Más que de 'apariciones', tenemos que hablar de 'encuentros' con el Resucitado: la resurrección no es un milagro con técnicos y reporteros que relaten el acontecimiento, sino esencialmente el encuentro con el Viviente que transforma en testigo a quien lo ve, al tiempo que lo convierte en sacramento de resurrección.

Para usar el pasaje de una poesía latinoamericana, tenemos que volvernos «amenazas de resurrección». Una vez que se lleva a cabo el encuentro con Él, Jesús desaparece de la vista, porque se ha encarnado en el corazón del testigo. Es el Cristo que reúne a la comunidad apostólica desecha por el escándalo de la cruz, una comunidad hecha pedazos, con las heridas de la traición, la decepción y la resignación.

El Resucitado se hace camino con cada uno, según su momento y su pasado. El encuentro con Tomás es distinto del encuentro con Juan: el sepulcro vacío se vuelve experiencia de resurrección para el discípulo que Él amaba. Se trata de una esperanza que tenemos firme en nuestro puño, porque Cristo nos ató a la vida, sin embargo, el otro cabo del «mecate», el que nosotros debemos sostener, con frecuencia se pierde por durante largos momentos en la noche, se hace nudo delante de cada nueva muerte y derrota, sumergidos a veces por olas arrasadoras.

3) El Cristo peregrino en una comunidad peregrina, que anda con nosotros hacia la Ciudad que no se acaba, hacia la Pascua de los hijos e hijas de la resurrección, y que es al mismo tiempo crucificado y resucitado, y, como ante los dos discípulos de Emaús, se deja ver mas no reconocer; ilumina y hace arder el corazón y, sin embargo, no abre todavía los ojos de sus compañeros de camino.

Es el Cristo que dejó el sepulcro vacío para llenar el vacío de nuestros corazones, y que nosotros buscamos en la tumba cuando anda por las aldeas, veredas y avenidas de nuestros días. Es el Cristo que prepara la liturgia de la esperanza en la calle, para celebrarla después en la posada hecha catedral.

Tal vez en nuestra historia reciente hemos separado la calle de la posada, el templo de la aldea, el campo de la ciudad. Emaús y Jerusalén, después del encuentro con Cristo peregrino, se reúnen en el testimonio-celebración de los dos discípulos que «reencuentran» la comunidad con la que habían roto y de la que se habían alejado. La gran novedad del Cristo crucificado, resucitado y peregrino, es hacerse encuentro que genera comunidad, una comunidad vuelta misión y testimonio.

El Cristo de la resurrección sigue llevando las cicatrices de las heridas, así como los dos discípulos y la comunidad apostólica seguirán por mucho tiempo mostrando las cicatrices de la duda, la ruptura y la incredulidad, pero ya están empapados de la vida de la resurrección.

Éste es el grito de esperanza de América Latina; ninguna escuela de guerra o de economía puede destruir nuestra vida, que ya ha pasado por la muerte. Como Cristo, tenemos que dejar un sepulcro vacío donde quieren custodiarnos los soldados, el poder y los mismos discípulos, e irnos a la huerta, a la aldea, a los cenáculos, donde nadie nos busque, para celebrar nuestro encuentro de resurrección.

Es una esperanza en gestación, así como de una criatura en el seno materno no sabemos todavía sus rasgos y sus detalles, sólo sabemos –con certeza absoluta– que está viva y engendrará vida.

3. TESTIMONIOS DE MIGRACIÓN

3.1. UNA CRUZ EN EL FERROCARRIL 1

Te llamaban Manuel, no alcanzabas aún los 20 años
cuando saliste rumbo al Norte.

Tenías la osadía de los jóvenes;
andabas con un puñado de descamisados
y te aventaste en la aventura del mañana.
En la jerga te decían que ya la hacías,
el muro de púas estaba a tu alcance,
cuando un tren carguero,
«tren de la esperanza»
te arrolló...

Caíste como hijo de América Latina;
los brazos cruzados sobre las durmientes
y una mano destrozada apuntando hacia el Norte.

Venías de una tierra pobre,
anillo estropeado de América Central;
te encontraron con los ojos abiertos
y siete lempiras.

Plantaron una cruz entre las piedras,
mezclada con los postes y las señales,
hasta que florezca como jardín de la resurrección.

¡Hasta luego, Manuel!

Caminantes, viajeros y mercadería
seguirán pasándote al lado,
peregrinos hacia una Pascua
que tú ya alcanzaste.

3.2. EL NOVIAZGO DE UN PAN PARTIDO 2

Había inventado el banquete de los pobres.
Una cita de todos los días.
Un convite para la historia.

Es pan y vino,
masa de trigo, sangre de uva,
y nostalgia de un Dios encadenado en el tiempo.

Te veo puente sobre la muerte, Señor.
Todo sabía a muerte en aquel comedor,
y en aquella noche,
locura, tal vez, de un condenado,
antes aun de su proceso.

Había también miedo, y muchas dudas...
Alguien mordía las tinieblas...
En la soledad de una traición.

Estás y todavía no,
eres Tú y nos topamos con un muro.
Eres rostro y eres misterio.

Es un noviazgo tu Eucaristía, Señor.
Te beso, te acaricio,
te hablo y te escucho...
Pero las bodas quedan al horizonte.

Somos comunión y me estremezco,
mas Tú me quedas, el Alguien desconocido.
Espero las bodas.
Espero quitarte el velo del enigma.
Quiero comerte hasta molerme en ti.

3.3. IN COENA DOMINI 3

Me doblé arrodillado
para lavar los pies de África.

Su historia de dolor y esclavitud,
su música que pertenece al más allá,
el ritmo de sus batuques
y la danza de sus mujeres
pasaban entre mis manos,
para caer en la inmensidad
de olas hechas mar
y ríos que se clavaban en cascadas.

Lavaba sus heridas,
acariciaba sus niños;
la sangre derramada entre hermanos
me salpicaba la barba y el alma;
paraba triste delante de trincheras,
divisiones de pueblos.

Sin palabras contemplaba
una larga serie de calaveras
sobre los campos minados.

Tendí el oído al desierto que me rodeaba,
exiliado de toda amistad,
y hablé al silencio
en un abrazo de amor.No había un Juan reclinado sobre mi pecho,
ni una María bajo mi cruz;
rostros de samaritanos
y de cireneos de mi historia
pasaban ahora a lo lejos.

Rebasé entonces fronteras
hechas por el hombre
y otras sembradas por Dios;
sobrevolaba océanos y cordilleras
para hallarme en la plaza grande
del ahora sin ayer ni mañana.

Mojé de resurrección toda llaga de África,
empapé de luz sus heridas:
aquella piel prieta
se transverberó de amanecer...
La guerra había callado.

Por un momento muerte y vida
se encontraron,
y fue beso de hermandad.